

3.— Designación de una comisión que acompañará al Orador de Orden a la Tribuna de Oradores.

4.— Discurso del senador doctor David Morales Bello, Orador de Orden de la presente sesión especial.

5.— Clausura de la sesión.

EL PRESIDENTE.— Ciudadano Secretario, sírvase informar si hay *quórum*.

EL SECRETARIO.— Hay *quórum*, ciudadano Presidente.

EL PRESIDENTE.— Se declara abierta la sesión. (A las 11:02 am).

Ciudadano Secretario, sírvase informar el objeto de la Sesión Especial del Senado.

EL SECRETARIO.— (Lee):

2

Unico: Rendir homenaje a la memoria del ilustre escritor y parlamentario venezolano, doctor José Manuel Siso Martínez, con motivo de estar conmemorándose veinte años de su fallecimiento.

Orador de Orden: Honorable Senador, doctor David Morales Bello.

EL PRESIDENTE.— La Presidencia saluda y da la más cordial bienvenida a los distinguidos Ministros e ilustres miembros de las Academias aquí presentes, y demás invitados especiales.

3

Se designa una comisión integrada por los senadores Edgar Vallée Vallée y Germán Briceño Ferrigni para que se sirvan acompañar al senador doctor David Morales Bello hasta la Tribuna de Oradores.

(La comisión designada cumple su cometido).

EL PRESIDENTE.— Tiene la palabra el senador David Morales Bello.

4

SENADOR MORALES BELLO (DAVID).— Ciudadano doctor Pedro París Montesinos, Presidente del Senado de la República.

Ciudadano doctor Rafael Caldera, ex Presidente de la República.

Muy distinguidos amigos Sandro, Gerardo, Luzmila, Magali y Marlene Siso, hijos del homenajeado José Manuel Siso Martínez, nietos y demás familiares que nos honran con su presencia.

Distinguidos Ministros del Gabinete Ejecutivo,

Honorables representantes de las Academias Nacionales, de las Universidades Nacionales, de la Sociedad Bolivariana, de los Institutos Autónomos, de la Oficina de Enlace de las Fuerzas Armadas Nacionales con el Congreso de la República.

Representantes de los Medios de Comunicación Social y demás invitados especiales.

Honorables Senadores, honorables Diputados que igualmente nos honran con su presencia.

Honorables Senadores:

Convocado con fin noble, el Senado de la República se reúne en la mañana de hoy para rendir honor, en la imprescriptibilidad de su reconocimiento, a uno de los más densos próceres del desenvolvimiento en libertad alcanzado por el pueblo venezolano: a *José Manuel Siso Martínez*, muerto hace veinte años, mientras de sí brotaba, con mayor fuerza creadora, el caudal de su hombría de bien, fielmente surtida por la confluencia que hizo de él un ser social con actuación sobresaliente como escritor, educador, jurista, parlamentario, poeta, historiador y dirigente político de avanzada; un guía que, bajo la característica inequívoca de su excepcional sensibilidad, ejerció el humanismo ilustrado al servicio del pueblo, para tomar de éste el dilatado perfil ideológico e intelectual presente en su obra de hombre público y de pensador poseído por el culto al ideario bolivariano, de cuya entraña supo derivar la condición republicana que abonó su pedagógica actuación en el honroso campo de la formación democrática de juventudes.

A su compañero de variadas afluencias y confluencias, nuestro distinguido colega Reinaldo Leandro Mora, debemos la iniciativa de este propósito enaltecedor, el cual, al tomar forma de encomienda confiada a mi persona, me brinda la singular ocasión de expresar, en tono de formalidad animada por el más profundo sentimiento de respeto y admiración, lo que en general el pueblo de Venezuela piensa de ese esclarecido intérprete de su manera de ser, que asumió desde muy joven la exigente tarea de orientarlo y lo sirvió con ejemplarizante noción de fidelidad contentiva de voluntad superadora comprometida con la procuración de la felicidad de todos.

El Senado ha querido que hoy resaltemos la memoria de tan ilustre venezolano, incluido, con jus-

edad, entre los más distinguidos que han formado parte de este Cuerpo, a lo largo de la historia de la República y definido con exactitud inigualable por el senador Leandro Mora, cuando, al depositar sus restos mortales en la entraña con la cual en vida siempre se identificara Siso Martínez, dijo de éste: "Militante político de accendrada lealtad, alejado de todo sectarismo, cumplió sin odios ni rencores su misión democrática y, con ejemplar consagración y firmeza incorruptible, cumplió su vocación de ductor de la juventud venezolana, consagrándole su clara inteligencia y el acopio fecundo de sus grandes conocimientos".

Fue desde allá, desde las precursoras páginas de la Revista de la Federación de Estudiantes de Venezuela, en 1936, de donde partió la participación de Siso Martínez en el empeño pedagógico de comunicar a la gente sensible del país el mensaje revolucionario destinado a la apertura de cauces por donde transitar con el propósito de construir entre todos un más dignificante modo de vivir nacional. Figura entonces el joven fevista entre los agentes de un nuevo acontecer y suma su voz de reclamo en solicitud de reconocimiento y respeto para una escala de valores de naturaleza político-social capaz de asignarle al bien colectivo de la libertad la primacía en virtud de la cual las subalternidades cedieran el terreno usurpado con el auxilio de las circunstancias políticas propias del despotismo que se imponía hacer desaparecer en sus aún para entonces presentes consecuencias.

Allí está el testimonio de una voluntaria y espontánea aproximación al proceso revolucionario convertido en polo de atracción para quienes, como él —José Manuel Siso Martínez— vivían la angustia de no poder impulsar, con la fuerza propia de las convicciones que compartían, el acontecer posgomecista signado por la dinámica gubernamental que operaba con inquietante lentitud.

Esa producción del entonces dirigente estudiantil Siso Martínez constituyó anticipo prometedor de un intelecto que, en la medida de su avance ayudado por la superación y la madurez, fue mostrándose más fructificador al servicio del cultivo del humanismo por cuya virtud se ató de por siempre a la lucha social con propósitos de auxilio popular.

La vocación patente en él lo situó en el cauce de la historia y su sensibilidad por los asuntos sociales lo convirtió en escrutador incesante de las raíces de la nacionalidad. Allí, con la perspicacia y aguda intuición de su ancestro aborígen, supo leer el pasado, y en esa cantera de tan poderosa vertiente de conocimientos, dentro del marco secular de la colonia que la emancipación dejó casi intacta en el ple-

xo de la Venezuela liberada del sometimiento español, buscó afanosamente y con recia voluntad de investigador, allí en las raíces de la nacionalidad y luego en lo que quedó como residuo histórico de una identidad frustrada, el principio de libertad y la expresión republicana enmarcadas en nociones modernas acerca del Estado y la sociedad contemporánea.

De allí viene, de ese batallar tenaz, el fruto de sus tareas intelectuales que es síntesis de un proceso selectivo de crítica e historia: sus "Momentos Estelares de la Historia de Venezuela", constitutivo hoy de uno de los instrumentos bibliográficos de corte clásico en la disciplina, a la vez que ensayo de dimensión excepcional de nuestro proceso formativo.

La fecunda obra que como ensayista nos legara José Manuel Siso Martínez tuvo como fuente de poder espiritual la presencia del lar nativo, que en él constituyó constante capaz de distinguirlo. Su condición de guayanés, nacido y criado en Upata, le imprimió a su personalidad la manera amplia de ser y la inclinación al cultivo de la amistad como fórmula eficaz para crecer en la horizontalidad del afecto de todos. Su contacto directo con los diferentes estratos constitutivos de la colectividad regional que lo acunó y gestó su cordialidad habitual, lo hizo conocer desde temprano la realidad nacional con la que luego se familiarizaría, y este igualitarismo propio del ser guayanés lo llevó de la mano e incorporó a la causa donde encontró apuntalamiento como defensor de los derechos que el sistema democrático de gobierno convierte en modo de vivir a favor de los necesitados de oportunidad para no quedarse rezagados.

El sol y la tierra ardorosa de Guayana tuvieron en José Manuel Siso Martínez un testimonio permanente de la valía que adquiere el binomio hombre-tierra cuando el primero racionaliza su identificación con el vientre de cuya entraña viene.

De allí el respeto con el cual allá se evoca su nombre, de allí el afecto con el cual se distingue su obra, de allí el respetuoso culto levantado y sostenido, generación tras generación, en torno a su esclarecido pensamiento, a su obra, a su expresión dialéctica, como una subconsciente manera de juntar cauces y senderos para la ayuda, siempre necesaria, que fortalezca la vocación superadora de un pueblo que se sabe columna angular de la Venezuela mejor que a todos nos convoca.

En el pensamiento del insigne ensayista, con profundidad de síntesis, la Conquista, la Colonia y la Emancipación, como etapas formativas de nues-

tra nacionalidad, fueron cálidas, dramáticas expresiones masivas de una rectoría de dominio frente a un pueblo aborigen que, a pesar de la resistencia, aportó caudales de su cultura autóctona, en la madeja compulsiva de la transculturación a ultranza, pero que, con lentitud secular, fue operando la formación de nuestro pueblo con raíces propias. Profunda reflexión creativa de nuestra sociología humana, de nuestro perfil antropológico y de los incentivos de influencia africanos que posteriormente determinaron el mestizaje, visto a la manera latinoamericana, como manifestación cultural apuntalada por nuestra tradición procerca y no como aquella expresión europeizante de Sábato.

En Siso Martínez, la noción de patria y de nacionalidad cobró singulares dimensiones de globalidad, en una como expresión de síntesis de nuestra esencia de pueblo y de nuestra total integridad cultural; hombre y naturaleza fueron el signo mágico o el símbolo primigenio de nuestra erección independiente:

"Entre unos y otros —dice Siso Martínez—, entre los hombres de espada y los hombres de ciencia y de pluma, la vasta muchedumbre de todos los días. Los que se inclinan en los riscos de la cordillera, los que deambulan por la vasta llanura conduciendo el ganado, los que surcan los grandes y pequeños ríos, las dilatadas costas y cultivan la tierra con amor milenario. Los que hacen manar de la entraña de ella el negro mene indígena y los que en la fábrica hacen humear las chimeneas. Los del heroísmo diario. Los albaceas de la herencia... ese esfuerzo invisible que se anuda en el tiempo y en el espacio y por el cual los pueblos se acrecientan, florecen las ciudades, se cubren las llanuras de inúmeros rebaños, feraz se vuelve la naturaleza toda y se pueblan de naves los ríos y los cielos de la patria. Son ellos los que integran la nacionalidad. Ellos, únicamente ellos, los que en los días de la desintegración, con su grande y su pequeña fe, contribuyeron a mantener viva la que encendieron el 5 de Julio los hombres de la emancipación. Para ellos no hubo ni anverso ni reverso de la Patria sino una misma tela donde generaciones y generaciones van tejiendo, con burdo o fino hilo, gobelinos históricos"...

"De allí que cubriera y sustituyera los viejos estamentos coloniales sólo a medias y la sociedad surgida de la guerra fue una transacción entre los contrapuestos mundos que siguieron coexistiendo, penetrándose, pugnan-do, como en la vieja tesis hegeliana".

El Maestro apuntaba los destellos de su intelecto con una mentalidad despierta y dinámica, lejos de los dogmas atávicos que vinieron al Continente como rezago del Medioevo. Habían raíces profundas que lo sumían en ese mundo mágico y telúrico recién descubierto, pero, al mismo tiempo, estaba presto a albergar influencias modernistas que los cambios operaban en su ya avanzada erudición. Era austera su cultura, pero no reacia a la revolución.

Podría fácilmente establecerse un parangón entre él y Alberto Adriani, adelantados en su época por igual, en los avatares de la formación de una Venezuela diferente al estamento pastoril que el dictador Gómez trazó después de Castro, en las dehesas aragüeñas.

Se percibía fácilmente en Siso Martínez esa potencialidad creadora que había en él para dibujar, en el sueño del optimismo desenfrenado de una juventud empeñada en crear y reformar viejos moldes, bajo el influjo del romanticismo lustral de la Revolución Francesa, un signo constante: el acercamiento a la historia y el tratar de dominar la geografía física de pueblos y naciones con mentalidad modernista y con proyección trascendente. Como profesor de Historia y Geografía —su especialidad en la docencia— tuvo a su mano valiosos instrumentos de estudio de la cantera europea para incursionar, con gran erudición, por los campos geográficos hasta aquel momento inexplorados de Venezuela y América Latina que, en la alborada de la ciencia renacentista, apuntó hacia el dominio de los océanos, mares y ríos caudalosos, así como en el plexo intrincado de una orografía no hollada por la planta del hombre, en aquel escenario mágico que no confluyó en el encuentro de dos mundos sino que permaneció estático, resistiendo el impacto de la dominación colonial.

El mundo anímico y el incontenible torrente telúrico que alimentaron su poderosa y vibrante prosa, pusieron al descubierto un derroche de sentimiento naturalista para cantar muy cerca de la piedra y el río, como Ariel Ferraro, y fue bajo ese influjo que elevó su plegaria al pueblo guayanés que tuvo el privilegio de servirle de cuna, entrelazando dos historias, dos esfuerzos, dos conciencias y dos voluntades en un solo haz existencial y la armonía de dos civilizaciones encontradas en el camino de la historia y en el cruce de razas desiguales: los adelantados del Rey para la conquista hispana y los indios guayanos, caribes y guaicas "que habían buscado en el mito la misma razón de su existencia y en el vuelo de su flecha guerrera y cazadora, la afirmación vital de proyectarse en el espacio y en el tiempo".

Amante como quien más de su pequeño lar nativo, Siso Martínez rememora los cimientos de Upata en las medianerías de 1762 y, en un subconsciente rasgo autobiográfico, compara la secular viña de antaño con el pueblo acogedor de hoy, abierto a todas las corrientes y en el que cada upatense puede ser como él "emisario de la armonía y de la tolerancia", excepcional condición humana que sus biógrafos le atribuyen con certeza:

"Y se ha volcado sobre el pequeño pueblo tanta gente de pueblos y naciones distintas, de pensamiento tan dispar, que desde sus propios orígenes le dio a la ciudad amada ese aire de ciudad abierta a todas las corrientes del pensamiento, a todas las aventuras vitales. Porque las cosas que han sucedido en Upata parecen cosas de encantamiento, de embrujamiento humano. Y es que ella nace dentro del propio embrujo que envuelve a Guayana toda".

Pero no se queda allí, en la escueta dimensión de la narración de anales, la exaltación de su terruño lugareño trasciende más allá de lo anecdótico y lo emotivo, para empeñar su prodigioso talento y su desenfrenada vocación intelectual en la trama literaria con un mensaje de fondo, en lo que habría de ser otra constante de su vida luminosa de pensador y escritor impenitente, cuando agrega:

"Y para que no le faltara nada un día llegó a su pequeña plaza uno de esos herederos de Homero, dotados por los dioses de intuición sin igual, para escribir de la hazaña de los hombres que ya iban desapareciendo, de la locura estéril, del sacrificio absurdo, de su riqueza y de su miseria. Y así nació Canaima y el nombre de don Rómulo Gallegos se liga al nombre de una tierra que se parece a él, en lo primario, en lo majestuoso, en el traducir el propio caos de donde surgirá con el correr del tiempo la exacta construcción apolínea, la imagen misma de la Venezuela que han mirado sus hijos con los eternos ojos del espíritu".

Para el maestro Siso Martínez hay en su patria chica una doble conjunción existencial. Allí se encuentran el escenario geográfico de las inmensas latitudes y profundas soledades (dentro de las cuales el genio diseñó el mensaje para descubrir el alma de la nación) y su propia identidad ambiental y telúrica: violencia, agresiva, torrentosa como sus ríos incontenibles; allí se operaba la realización del ser, y tocaba al insigne don Rómulo Gallegos dibujar en las letras lo que más tarde, como designio de profesía excepcional, le correspondería realizar en el campo político:

"Y continúa la lección que había iniciado en 1931, cuando desafió al régimen gomecista... contribuye a realizar y cohesionar lo que desterrara el sello personal de las luchas políticas... al conjuro de su nombre se mueven, casi con sentido mesiánico, las multitudes venezolanas que a lo largo de la historia sólo han encontrado frustraciones.

La visión de la Venezuela de hoy es posible, gracias al descarnado análisis social de los jóvenes que se formaron a su vera y constituyen una generación que ha dejado profunda huella en la historia política y social de la nación".

Para Siso Martínez, la narrativa galleguiana nos permite "sentir vibrar siglos de historia" vividos por igual sobre el suelo americano: el mismo hombre, los mismos sufrimientos, "la explotación del pueblo y con el escorzo de personajes que llenan el paisaje y le dan toque de humanidad, signado de buena o mala ley", porque en el caso venezolano y en la temática ideológica que domina por entero la narrativa de Gallegos, se encuentra el mensaje poderoso, el reclamo de transformación y búsqueda de la justicia social.

En las primeras expresiones de su producción literaria, Siso Martínez echa a volar, como pájaros asustados, sus incontenibles sentimientos de fe en el futuro de su tierra y de sus gente y los rodea de una aureola de promesas y un aura luminosa de optimismo por la total redención, sin espacio ni tiempo, como por arte del arcano. Convertido el terruño en templo de contemplación y en lugar de éxtasis, el transcurso del tiempo le sirvió para anudar, aún con mayor pasión, los nexos con su tierra, la Guayana de sus amoríos y de sus añoranzas, a la que seguía, paso a paso, como "una historia anónima de un pequeño pueblo, nutrida de ese diario heroísmo que hace posible la continuidad histórica". Así se formó su inquieta personalidad como en un remanso de paz, de sosiego, en sostenida esperanza silenciosa, como en un templo de promesas, como en un haz de proyectos, como en un asomo anticipado de ilusiones, en las lejanas y soleadas riberas del Yocoima, desbordando imaginación, tejiendo fantasías, al ver por primera vez el "fabuloso mar azul de las mitologías" en aquel prodigioso territorio de luz, vasto escenario, que en la narrativa de Gallegos plasmó la imagen de la Venezuela adolorida, del venezolano irredento, de la vorágine de pasiones del drama humano, de la selva y el hombre en lucha permanente.

A orillas del Yuruary y del Yuruán —nos dice el maestro Siso Martínez— se levantaron pueblos mineros, en pos de una riqueza soterrada, atraídos por

el fulgor del oro que, oculto en una como canigua fluvial, alumbró el camino de una aventura y otra, en la tremenda y dramática lucha de aquellos nómadés del albur, en la grata sorpresa del tesoro oculto:

"...Camino del Alto Cuyuní, se desbordaban oleadas de hombres. Lo que era Guayana toda la recogió don Rómulo Gallegos, en páginas inmortales: Tumeremo de los purgüeros, El Callao de los mineros y lavadores de arenas auríferas que arrastraba el Yuruary, Upata de los carreros, El Dorado, fénix de leyenda que ilusionó a los segundones de la Conquista y ahora renacía en sus caseríos a orillas del tormentoso Caroní, San Fernando de Atabapo de los caucheros, Ciudad Bolívar de los sarrapieros y comerciantes explotadores y aquella inmensa selva pródiga para la aventura de la fortuna lograda y tirada una y otra vez..."

Como en los versos del juglar nativo, en "El amor apache", de Cova Fernández:

"Provocando altanero la partida jugarme al fin "a cara o cruz" la vida enseñando los puños a la muerte".

Para José Manuel Siso Martínez, paradigma de virtudes cívicas, maestro en la más absoluta plenitud de la acepción, apasionado de las letras e imbuido de humanidades como cauce trascendente del hombre en su ciclo existencial, la literatura como sumun del oficio de escritor no era, simplemente, un arte creativo en sí mismo y por sí mismo, en pos de la belleza expresiva; era algo más unido a la esencia de la condición humana, férreamente ligado al hombre como ser y a su realización en la vida. Todo escritor tiene un compromiso que cumplir, pensaba el Maestro y expresaba: "son los escritores patrimonio de orgullo" de la comunidad... Incluso, la poesía, el arte más sutil en la amplitud literaria y el que más esfuerzo creativo requiere, era para él "no una evasión, sino obligado complemento de su diaria faena, como la de aquellos poetas españoles del Siglo de Oro, que conjugaban su embrujada y atormentada existencia con el verso cabal".

Por eso, habla con vehemencia de quienes comenzaron la lucha hasta ahora no acabada y afirma:

"La vida para ser digna de vivirse tenía que nutrirse de profundas esencias libertarias. Por eso su existencia de combate contra las oscuras fuerzas que se han movido en el subsuelo histórico y han intentado detener lo indetenible. Proceso doloroso de afirmación ciudadana"

Como impenitente encendedor de antorchas, atizó con pasión el sagrado fuego de la libertad y la dignidad del hombre, trajinando por sendero irrequieto la militancia política que observó con disciplina de apostolado.

Trabajó con denuedo a favor de la educación y la cultura de nuestro pueblo y, como adelantado a su época, hizo de la civilidad una cruzada eminentemente humana, tendiendo su mano cálida y fraternal, en las más altas hogueras para avivar la esperanza, aún en las horas cruciales de la caída y el ostracismo. Con la anchurosa sonrisa que fue rasgo dominante de su perfil fisonómico, trató de calmar el desconsuelo y de atraer amigos para la justa causa de la libertad.

¡Su rostro fue el de quien nunca ha dicho una mentira!

En la esencia de su pensamiento, en toda la trama de sus ideas y todo el esplendor de su obra escrita, subyacen un viviente mensaje de optimismo creador y un cántico a la esperanza y la fe en los destinos de Venezuela.

Cuando, en homenaje por su bicentenario, obsequió a Upata aquella "Rosa del bosque, rosa de la montaña", de la región aborígen del Yocoima, en esa oda, especie de fragmento anacreóntico para cantar las bondades de su querida patria chica, el mensaje de fe y optimismo inmerso en todas sus manifestaciones espirituales cobró especial dimensión al augurar:

"El desarrollo económico de la Guayana, el estarse convirtiendo en el centro mismo, en el corazón del proceso industrializador de Venezuela, abre para Upata insospechables perspectivas. No se necesita ser augur para imaginar su porvenir. Sólo con el estudiar su pasado, con el saber que ha ido de ascenso en ascenso, por el solo esfuerzo de sus hijos, nos hace sentirnos optimistas.

Integrada la patria toda, crecerá con ella... el agua fuerte del tiempo ha ido dejando atrás aquella Guayana de los aventureros, donde sus hombres, como en el poema de Greif, "a diario jugaban y cambiaban su vida, porque de todos modos la sabían perdida". "Ahora la vida no es azar sino que tiene rumbo cierto... Nos sabemos integrantes de una generación que tiene en sus manos destino que cumplir, que nuestras vidas se conjugan con la vida misma de la patria y queremos que ella tenga la exacta dimensión de nuestros sueños traducidos en realidad perenne. La continuidad histórica tiene en los pueblos sentido de resurrección".

Para José Manuel Siso Martínez la patria estaba muy cerca de su corazón, era parte de su entraña vital, de su mundo sentimental; era el entorno dentro del cual gravitaba su vocacional aptitud magistral, especie de imán que lo atraía con un impulso indetenible. Por ello sintió, en lo profundo de su ser, la infamante expatriación forzosa que la vesania impuso a muchos intelectuales incorruptibles como él. Pero el exilio, a fuer de condena, acrecentó la entereza moral del desterrado, robusteció el espíritu de lucha y afinó las capacidades al servicio de la libertad. ¡No en balde se expía una pena inmerecida, ni se queda en la nada el dolor inferido!

En el enfoque de "Lo Intemporal de Gallegos", Siso Martínez apunta como testimonio histórico que:

"Venezuela se identificó, como en ningún momento de su vida, con el hombre que salía del poder con el sello superior de la grandeza. La vieja prueba del destierro que le era familiar, la pérdida de la compañera de tantos lustros, numen de su existencia y su magisterio moral para todos aquellos que desde fuera o dentro del país mantenían viva la fe de retornar al normal estado de derecho.

"El destierro le templó el alma y lo hizo más creador. No fue a rumiar desengaños ni a soñar garibaldinamente con desembarcos a machete que le dieran la gloria roja y el venezolano título de General... realizó una labor mucho más profunda...".

Otro venezolano ilustre, el doctor Mario Briceño Iragorry, exiliado por la última dictadura al igual que Siso Martínez, Gallegos, Andrés Eloy Blanco y tantos otros más, testimonia las aseveraciones patrióticas de Siso Martínez al escribir:

"...En mis días de destierro, con sus horas completas dedicadas a Venezuela y a los problemas de la justicia universal..., yo reunía las modestas escrituras, algunas salpicadas de sangre, que sirven a expresar cómo en mis viajes de proscrito, la Patria iba conmigo como un dolor y una esperanza sin tamaño".

Todo un largo trecho de su fecunda vida lo dedicó José Manuel Siso Martínez a la educación venezolana. Pareciera como si su admiración y culto bolivariano hubiesen impregnado su espíritu de las aguas lustrales de "Moral y Luces", para lavar su rostro de adolescente e imprimirle, tiempo después, en su amplitud intelectual y madurez, frescura y lozanía suficientes como para mirar de frente hacia el futuro, en una nueva proyección de la educación venezolana.

Marcó un sendero luminoso y trajinó una senda de copiosa abundancia humanística. Dejó un surco para que las generaciones venideras pudieran leer e interpretar en el rostro de la patria la Venezuela contemporánea que él idealizó desde temprana edad, con signo de permanente ascenso. Cuando apenas frisaba los 17 años descubrió, en la apasionada algarabía estudiantil, su puesto reservado en la primera línea de las aulas del liceo "Andrés Bello", de Caracas y posteriormente su figura juvenil destacó, con igual brillo, en el "Fermín Toro", desde donde pasó a continuar estudios en el Instituto Pedagógico de Caracas y simultáneamente en la Universidad Central de Venezuela, optando los títulos de Profesor de Secundaria y Normal y de doctor en Ciencias Políticas y Sociales.

Docente por vocación y formación, se dedica a forjar juventudes bajo la inspiración del humanismo científico que por siempre lo cautivó y el propósito laudable de formar conciencia cívica entre quienes, en el futuro, serían testimonio incontestable de sus aportes para la superación del recurso humano nacional.

Los numerosos alumnos que de él escucharon clases de historia y geografía y lecciones de dignidad reconocen haber recibido de él enseñanzas sin parangón, sobre todo en momentos cuando la Patria, conculcada la libertad, vivía bajo las mediaciones impuestas por la fuerza al servicio de la última dictadura.

De un alumno suyo son estas decidoras palabras: "Cuando le otorgaron la toga y el birrete de abogado, sobre el quehacer litigante de los doctores en leyes prevaleció la vieja tendencia a la educación para proyectarse en el contacto con las nuevas generaciones". Y eso explica la razón por la cual el doctor Raúl Leoni, Presidente de la República en 1964, le confiara la Cartera de Educación, donde, con lujo de amplias demostraciones, realizó obra de bien y laboró, con el más plausible ahínco, por dinamizar el proceso educativo, profundizando en el propósito de abonarlo con un denso componente humanístico.

La mentalidad de José Manuel Siso Martínez para abordar y enjuiciar críticamente la educación venezolana de su época, sirviéndose de predicciones racionales, fue siempre amplia y desprovista de todo sectarismo enervante y excluyente de otras alternativas. Y esa receptiva amplitud lo llevó a despertar en todos los círculos adversos la gran respetabilidad y la merecida consideración que ante sus opiniones siempre expresaron quienes jamás llegaron a desconocerle su serenidad de ánimo y la racionalidad dialéctica con las cuales solía sustentar las ideas que defendía y las posiciones que asumía.

Al entusiasmo e ímpetu revolucionarios le imprimió siempre una regla de moderación y de sinéresis, hasta el punto que algún juicio que pudiere acercarse en su contenido o en su expresión al extremismo conceptual, lo manejaba con pulcra selección y precedido de una análisis crítico de fecunda introspección, como si respondiera a una disciplina de difusión cultural fundamentada en la enseñanza de Unamuno según la cual "es más fácil convencer que vencer".

Siso Martínez tuvo una visión de la educación y la cultura no sólo estructural sino universal, humanizada y socializada, en el buen sentido de la palabra. Para él la cultura y la educación eran problemas latentes de la sociedad en desarrollo, en cuyo seno se muestran masivos y en términos que agotan, en el campo de las regiones, las diferencias de fronteras y las limitaciones geográficas de las latitudes humanas. Para él, como político, pensador, escritor, educador y sociólogo, de lo que se trataba no era de una simple liberación a nivel de cánclaves ductores por lo alto, con una descentralización administrativa que tuviera el peligro de arrastrar el fardo de la herencia colonial y la lejana pero todavía viviente influencia medioeval, por no ser la educación, simplemente, un contenido curricular sino una vasta gama de conocimientos universales sobre el hombre y sobre la humanidad.

Por eso combatió las élites y la educación elitista, fraccionada y discriminatoria y consideró que la educación obedece a profundos e insalvable requerimientos colectivos y no a exigencias de clases fragmentarias, que sólo rigen desigualdades y desnaturalizan la idea cabal de la democratización al servicio de la colectividad.

Nuestro homenajeado, con aguda auscultación de nuestro proceso de emancipación y en lo atinente a la cultura y a la educación, apunta incisivo, contraponiendo y atando cronológicamente hitos de nuestro proceso histórico, para mostrar el grado de inmadurez al que hubimos de llegar en materia educativa para la década del 50, y dice:

"El 5 de Julio está en pleno proceso. La sociedad industrial ha ido creando grupos de presión, núcleos paraestatales que están deformando la esencia misma de la democracia pluralista" ... " Vivimos una sociedad en proceso dinámico, que requiere la incorporación de nuestra educación a las técnicas más desarrolladas y una continua evaluación que nos permita una idea exacta de cómo se están formando los valores que requiere esta transformación y la elaboración de una metodología para diagnosticar en forma sincera nuestra

educación y nuestros recursos... Nuestro problema cuantitativo debe resolverse en forma cualitativa"... "Cada época crea sus propios sistemas de valores".

Empero, sus prédicas de cambio y de transformación no eran lanzadas al vivac de un desordenado jacobinismo bullicioso que impusiera cambios como consecuencia de la turbulencia de la época, sino que lo hacía con actitud serena y reflexiva, exigiendo la respuesta de la evolución institucional y no la manotada iconoclasta, negadora de valores anteriores:

"...Si cada época crea sus propios sistemas de valores, es entendido que esta escala no puede prosperar si se destruye todo lo edificado por las anteriores generaciones, con sus errores y sus aciertos".

En el campo dialéctico de la filosofía orientadora de la educación, el insigne maestro guayanés hacía una útil, por metodológica, diferenciación al decir que la cultura es un campo de más vasta proyección en la humanidad entera y que la educación es un sistema para llegar a ella. Discernía, con gran objetividad y no menos esmero analítico, lo que es la enseñanza informativa y lo que debe ser enseñanza formativa.

Consideraba el Maestro, y así lo hacía resaltar en forma muy común en sus constantes pláticas sobre nuestro proceso cultural y la necesidad de encontrar nuestra identidad nacional en las raíces mismas de la nacionalidad, que no es más capaz ni más eficiente en las tareas inherentes al magisterio el educador que más informa sino el que más forma, por considerar que en esta última expresión educativa está empeñado el futuro de la Patria, y por más méritos y laudos académicos que un profesional pudiese exhibir en su formación para acceder al magisterio, es de mayor valía aquel que dentro de las dotes excepcionales del maestro intuitivo, generoso y humanista, demuestra mayor acercamiento al hombre, no sólo en el aspecto genérico de la adquisición de los conocimientos, sino en cuanto a la preparación y aptitud para afrontar las vivencias existenciales de la época y de su entorno.

La influencia de la inmovible erudición de Mariano Picón Salas y su definida posición intelectual e ideológica sobre la educación y la cultura, fue notable en el ideario de nuestro admirado Maestro guayanés. Visión universalista, ecuménica, en cuanto a los valores tradicionales y las raíces de nuestro proceso de integración cultural como piso primigenio sobre el cual habría de edificarse, con posterioridad a la ruptura, el encuentro de dos mundos y el enfrentamiento de dos culturas.

Tanto para Picón Salas como para Siso Martínez el proceso cultural es y ha sido siempre una dramática conmoción humana: cierto que el protagonista dominante es el hombre, como unidad pensante y como generador de ese proceso de expresión cultural, pero al hombre, como unidad pensante y como tal generador, lo envuelve el drama tremendo de la humanidad misma, y en todas las latitudes de la tierra, la sociedad, agitada y convulsa, dicta las secuencias del espacio y del tiempo en cuanto a conductas, porque la realización, en su paso por la vida, está determinada sustancialmente por el mundo que la rodea y por el entorno que puede, en un momento dado, afectar su capacidad creadora. La lucha incesante por la superación es una fase concomitante de la realización humana, sin la cual el hombre condicionaría ciegamente al mimetismo negativo su deber de existir, y éste está íntimamente ligado al deber de producir, ya que la vida misma es una producción de energía vital.

"...Todo proceso de cultura —dice Picón Salas—, para las gentes que participan en él, suele resultar tan dramático, ya que los bienes del espíritu que deben contribuir a la concordia y armonía humana, no son frutos que caen del árbol como dádiva gratuita, sino que hay que conquistarlos y ganarlos en la envidiosa palestra del mundo".

La paradójica en el proceso cultural y educativo tiene como expresión una dura realidad dramáticamente humana; el sacrificio, el dolor y la angustia del ser humano: La pérdida del bienestar y la comodidad del hombre, vienen a ser motores ocultos en la generación de cultura.

Veamos cómo expresa el ilustre ensayista merideño la cruel paradoja de la creación humana y el éxtasis de la estética en el patrimonio cultural y literario de la humanidad:

"Quizás los momentos que prepararon el mayor caudal de invención y aventura en el quehacer humano, transcurrieron en medio de extraordinarias crisis y conflictos para los personajes que los animaban... La historia es más que el museo... Fue combate y polémica, impureza de vida... A veces la belleza nace en el desamparo como Cristo entre las pajas del pesebre y la gran palabra o la gran creación humana fue como flecha lanzada desde la insuficiencia o la insatisfacción para alcanzar el infinito... Suprema gracias de Dios fue el dolor germinal, el gemido, el improperio o la protesta estallante que inspiró muchas obras de arte, desde el libro de Job, los tercetos dantescos, la ventisca de la noche rusa que azota

a Karamazov o el laberinto multiplicado en laberintos de los personajes de Kafka".

La universidad, como piedra fundamental del proceso cultural, ha sufrido profundas conmociones y su derrotero histórico se ha visto quebrantado algunas veces y exaltado otras por la luminosa flama del intelecto. Pero en ella yacen las raíces de la cultura y ella es, a la vez, cantera sólida en la evolución espiritual del género humano.

Para el profesor Siso Martínez, la universidad debía ser centro aglutinante e instrumento imponderable en la formación cultural del hombre; núcleo de viviente humanidad, con destino e historia confundidos con la historia y el destino del hombre mismo.

Desde 1914, cuando la humanidad vio estremecer sus bases por la conflagración mundial, el hombre asiste al dramático escenario de la quiebra de los valores del espíritu. Así comienza la expresión histórica y narrativa de Siso, en el ensayo sobre el curso de la magna institución, intitulado "El destino de la universidad".

Sacudidos sus cimientos, en el campo político y social se operó el derrumbe de viejas monarquías, en el empalme de un movimiento iconoclasta que, como fenómeno de postguerra, iría a enaltecer, como personaje protagónico de primera línea "al pueblo", en el proceso de cultura.

"...La orgullosa confianza en la filosofía positivista... empezó a tambalearse... La fe en el viejo dómine se derrumbó estrepitosamente, la estructura individualista de la universidad quedó al descubierto y su almacén medioeval, heredera del viejo escolasticismo, teológica, monárquica, recibió los irreverentes juveniles impactos de las mesnadas estudiantiles... Y en América Córdova... El pueblo empieza a empujar con rudas manos el destino del mundo... Y para darle recio calor viviente, sangre joven se derramó por ella en purpural bautismo".

El hito histórico estaba trazado. La universidad, por su actitud pasiva, era requerida por su responsabilidad en la crisis de los valores universales del hombre. Cesa el mirar en éxtasis al firmamento para buscar sus destinos, en actitud imploratoria al Dios del cual emana su poder y al cual dirige sus acciones temporales en la tierra. "Faro y guía", dice el profesor Siso, porque, conforme a la regla de oro que hizo leitmotiv de su búsqueda intelectual y científica, este ilustre maestro patrio asumió la universidad con conciencia crítica y consideró que en ese momento de su historia el paradigma estaba en



atribuirle el destino propio de su tiempo y en abrirle un espacio sociopolítico que correspondiera a una profunda revisión de la universidad de tinte colonial.

Ese marco filosófico era para él cauce rector de un principio irrecusable: "cada tiempo histórico crea sus propias formas vitales" y las formas didácticas del Medievo ya eran rechazadas por un vasto movimiento ideológico a nivel mundial, consecuencia de lo que él —Siso Martínez— consideró había llegado "porque el mundo se achicaba con los descubrimientos geográficos" y porque la imprenta da molde a la palabra y difunde el pensamiento, llevando a cada rincón del mundo los destellos del arte, la ciencia, la filosofía y el derecho:

"...Ya la humanidad no era depositaria de verdades sagradas".

Tampoco lo era del dogma sacralizado, y el hombre, tal cual su propia naturaleza, y en su afán revolucionario, quiso cambiar los cauces tradicionales, franqueó los muros conventuales de las casas de estudio, en actitud profana, irreverente si se quiere, como en una apostasía desenfundada y colectiva, y en las casas de estudios teológicos se enfrentó a aquellas imposiciones.

Porque "la curiosidad y la inquietud de aquellos hombres", mimetizados al abrigo de una escolástica cerrada a toda corriente de pensamiento "se proyecta hacia afuera", traza en el espacio y en el tiempo histórico una excepcional parábola de comunicación y de expresión humanística, y va llegando, con pausa pero con firmeza ascendente, a los estratos bajos de las comunidades, para descubrir allí al personaje de la época: al pueblo, hacedor y protagonista de una nueva proyección cultural.

Se impone entonces, con singular presteza, la búsqueda del hombre en sí mismo y en el entorno social que lo rodea, hasta aquel momento desconocido en la humana proyección del ser y en el humanismo creativo que imponía una nueva forma de pensar, y como expresión intelectual de suma bondad humana y de comprensión de los fenómenos de la época, le tiende la mano para incorporarlo en aquel diferente escenario sugestivo.

El estudio de nuestro medio social, un análisis sistemático de la institución docente, así como los permanentes desvelos matizados por la angustia del pensador guayanés, en ese apostolado de la educación que signó con fuerza indescriptible el curso de su vida, dibujaron en su pensamiento la imagen de la universidad de nuestros tiempos, aunque su prematura muerte, cuando faltaba un trecho de su vida

creativa, no le permitió presenciar la consolidación de la universidad que él avizoró en su pasión de patria.

¿Cuál universidad? La que respondiera a una noción amplia y generosa, inserta definitivamente en la sociedad y al servicio de la cultura y de la educación.

En los párrafos que siguen, son elocuentes los rasgos de su concepción y los trazos más seguros y transparentes hacia una universidad moderna e integrada:

"La universidad tiene su papel y su misión... Aparte de ser centro de investigación, debe lograr la armonía del hombre con la sociedad, la armonía del hombre consigo mismo (im- portancia y trascendencia humanística del ser), ya que el hombre contemporáneo es un ser atomizado, llamado por distintas corrientes espirituales... La conquista lograda en lucha impar del pensamiento humano.

El encuentro del hombre con la sociedad y del hombre con el hombre, debe ser el fruto de un ajuste social y espiritual".

El principio de solidaridad social estaba fuertemente arraigado en su conciencia y por ello su noción era impecable. Ahondó como quien más en las profundidades filosóficas del contrato social, que reposa en la esencia misma de la convivencia y el equilibrio; sociedad que tiene como centro y factor dinámico al hombre, y educación, formación y cultura masiva como deber del Estado; un binomio de estructuras que se realiza en tres aspectos: la universidad como centro de investigación científica, la universidad como formadora de profesionales aptos y capaces y la universidad como centro creador y trasmisor de cultura (sin lo cual no habría cauce para el desarrollo de la educación).

Una concepción tal de la universidad, para deslastrarla del pesado fardo de la secular influencia salmantina, debía resolverse en tres proyecciones programáticas: responder fundamentalmente a las más ingentes necesidades sociales de la comunidad, configurar espiritualmente al hombre, no sólo dentro del cuadro de la cultura y sus requerimientos educacionales, sino dentro del molde ético de la relación gregaria, y desarrollar la personalidad integral del universitario para ampliar su capacidad vital, prepararlo para la lucha por la vida, a fin de sembrarle principios cívicos y esencia democrática y, en definitiva enseñarle el camino de la participación en el desarrollo, como esencial deber ciudadano.

En cuanto al primer aspecto de esa misión esencial de la casa de estudios, el maestro Siso apuntaba:

"...La investigación debe ser puesta, como alta finalidad científica, al servicio de la humanidad.

"La universidad necesita investigadores... investigar no es explicar simples lecciones, sino seguir un camino de análisis, de resolución de problemas, en la guía del alumno para que éste llegue con paso firme hasta la tierra incógnita. La universidad, para que cumpla su función, se concibe como un laboratorio, como un taller donde los hombres se desvelan en la resolución... de la creación científica..."

En lo que atañe el segundo aspecto, Siso Martínez pone énfasis en la práctica como desarrollo de la teoría, sin lo cual no puede ningún instituto de altos estudios académicos formar profesionales liberales, con capacidad de ejercicio, con eficacia y maestría y sobre todo con un molde rector de ética para manejar, con probidad y alto sentido de responsabilidad, las materias que les son encomendadas. Exalta con singular sentido del humor aquella vieja historia atribuida al viejo Sócrates, cuando en el Areópago, en recordada máxima, decía que no se llegaba a ser flautista sin tocar la flauta, y la retrotrae, con su fecunda imaginación y talentos propios de un docente de singulares dotes, a nuestros bancos universitarios, para que la teoría allí impartida desde la cátedra no se volatilice sino que sea convertida en realidades tangibles:

"...Aquí es donde la educación nueva, propugnada por los pedagogos, "El aprender haciendo" adquiere todo su significado. Ni teoría sin acción. Ni acción sin teoría. Esta es la exacta correspondencia que necesita un buen profesional".

Y entre otros ejemplos sobre el sagrado deber jurado de la profesión, nuestro educador asienta, con admonitiva prevención ética: "El abogado que no emplea el saber adquirido en las aulas, el derecho en la realización de la justicia, no profesa principios que parecen pertenecer a materia distinta de la técnica, pero que son los que enaltecen al profesional dentro de la sociedad y los que vienen a determinar en grado máximo, una de las más altas funciones de la universidad".

En el análisis de la universidad como motor impulsor del desarrollo, la educación y la cultura, y como paradigma de comunicación de primer orden en la difusión de conocimientos, contrariamente a la tradición de una gerencia cerrada y de comparti-

mientos estancos, Siso Martínez penetró en el campo de las influencias filosóficas en el proceso universitario, a fin de elaborar el esquema que pudiera conducirlo a depurar una concepción modernista y avanzada de la universidad de nuestro tiempo. Y es así como asienta: "El siglo XX asistió al derrumbe de la orgullosa confianza que los hombres del siglo XIX... tenían en el poder de la ciencia. Toda la filosofía positivista que con Comte había aspirado a constituir una religión basada en el racionalismo, sufrió un duro revés".

¿Cultura para qué? Es la pregunta dramática y conmovedora que los seguidores de la evolución universitaria formularon en aquel instante del proceso cultural. Y Siso, siempre profundo, siempre alerta, inquisitivo, aferrado a la conciencia crítica que fue su régulo intelectual y dialéctico, como disciplina de método en el pensar y en el discernir, creyó, con absoluta sinceridad, que la sociedad de su época había logrado la respuesta. Afirma, alimentando sus inquietudes escrutadoras con la enseñanza de Ortega y Gasset, que "cultura es el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee", y sostiene que el *tiempo vive*, mientras declara llegada la hora de estructurar en Venezuela una universidad amplia, participativa, con capacidad creadora, pero fundamentalmente difusora de cultura, que hiciera posible la educación del pueblo a todos sus niveles.

Veamos cómo, en estupenda síntesis, Siso Martínez rubrica su ensayo sobre el destino de la universidad, dando arraigo a la institución en los fuegos y en las raíces mismas de nuestra evolución cultural y nuestra identidad nacional. Es lo que él llama:

"...Realidad circundante, tanto en el espacio como en el tiempo, porque de ellos deben surgir las bases de una cultura nuestra, que sin renegar de las ideas foráneas, sepa depurarlas y tamizarlas en el fino cedazo del medio, de la raza, de la economía y de la misma cultura americana".

El Maestro abogaba, con profunda fe, por el cambio direccional de las universidades nacionales, por mejorar la orientación social y proteger lo que él llamaba el personaje estelar del proceso: al estudiante. Su concepción de la historia moderna, casi contemporánea a la época de su muerte, en relación con los logros de renovación obtenidos por las grandes experiencias vividas, no es esa historia de la narración fría y escueta de los hechos, es la otra, la de nuestra cotidianidad, del esfuerzo constante y constructivo, del quehacer diario, "El de la dura faena"... "en el yunque de todos los días", en una evolución desconcertada y desconcertante, con un

dinamismo y una ocurrencia en el acontecer impredecible, que a cada paso está dibujando un escenario social diferente. No fue ocioso que alguna vez dijera: "Historia científica es aquella que deja hablar los hechos por sí solos".

La pulcritud y esmero con los cuales encauzó la búsqueda intelectual y el cultivo del magisterio, en su metódica disciplina investigativa, lo colocó en posesión de una firme, sólida y respetable erudición, que lo capacitó para cumplir con el compromiso ideológico y los deberes para con el proceso cultural y educativo del país.

La libertad y dignidad del hombre, vituperadas por el autoritarismo atávico, fueron para él el nudo de su propia existencia y la razón de ser de su intelecto. Hizo de esa fuerza subyacente de su personalidad el impulso vivificante para sembrar surcos de fe y esperanza, para cultivar la solidaridad entre los hombres, para entender el magisterio como un apostolado de bien.

La trayectoria de este insigne venezolano dejó recuerdo imperecedero y mostró comprobada coherencia con su condición de educador integral.

El hilo filosófico que, a manera de sostén sobre los rasgos generales de la cultura y la educación, surtió su trayectoria dialéctica, fue un reto abierto a toda corriente doctrinaria que pudiera ofrecer una otra perspectiva y su ideario se dirigió siempre, en una estupenda concepción humanística de la creación cultural, al hombre, como centro del universo y como factor determinante de la sociedad.

Creó, con razón, que las formas de vida dentro del cauce ético y la tarea creativa para generar cultura y preparar educativamente al ciudadano, debían estar distantes de la banalidad intrascendente y encontró en el pensamiento de Heidegger —fundamentación del deber de trabajar, de formar y de construir, como únicos ductos hacia el desarrollo del hombre que realiza su plena capacidad creativa— apoyo para luchar contra la vulgaridad y la vida trivial.

Tuvo una disciplina en el pensar que le sirvió de marco a sus ejecutorias, signadas siempre por la rectitud. Fue franco, directo y consecuente; principista y abierto al diálogo y a la humana comprensión. Por ello, contó con innumerables amigos entre ámbitos propios y extraños a su periplo existencial. Nunca se engó a enmendar, a reconocer sus errores; o yó y discutió porque hizo del diálogo un ejercicio de la inteligencia. Escuchó a tirios y troyanos y compartió con todos, sin hacer concesiones indebidas. De allí, la nombradía de su rectitud e intachable honestidad.

Su proverbial sonrisa, que como don natural signó su carácter receptivo y afable, fue expresión de su personalidad y se mostraba como ducto permanente de comunicación espiritual para todo aquel que se le acercara en busca de relación o ayuda, o simplemente atraído por la locuacidad de su verbo o la actitud de mano tendida, como dispuesto a abrir su fuero interno a los demás, en forma transparente, sin dobleces, en medio de una innata sencillez.

Nota relevante de sus rasgos biográficos fue el haber atemperado los ímpetus juveniles en el cauce de una serena reflexión para saber decir, para expresar mejor la fecundidad de su pensamiento y sus ideas, que en el escenario de un fugaz espacio histórico supo ordenar con pulcritud acrisolada.

En la prosa de Siso Martínez hay un encuentro de patética conjunción entre el pensador y el expositor, fluido, ameno, cantarino y en veces torrentoso, pero pulcro en el recuento histórico y profundamente respetuoso del acontecer. Sin proponerse ser veraz en su búsqueda de la credibilidad, lo obtuvo con la espontánea suavidad lograda en el interlocutor o el lector, por el fluir de sus ideas en el rigor sacrosanto de la lógica y la compostura de fino donaire intelectual que hacían desgranar sus palabras y oraciones con la armonía propia de las notas musicales sobre el pentagrama. Hay en el fondo de su expresión un lirismo indescriptible.

Creó en los seres humanos como protagonistas por excelencia de la historia y por eso pudo decir, conjuntamente con don Mariano Picón Salas —el insigne ensayista del "Progreso de tres mundos"— "Los pueblos, como los hijos, brotan de nuestras cálidas entrañas".

Señoras, señores...

(Los presentes tributan una larga ovación al Orador de Orden).

EL PRESIDENTE.— Se excita a los señores miembros de la comisión acompañar al honorable senador Morales Bello, hasta su curul.

(La comisión designada cumple su cometido).

EL PRESIDENTE.— La Presidencia felicita al senador doctor David Morales Bello, por el brillante, denso y refrescante discurso de exaltación de la figura egregia y señora del doctor José Manuel Siso Martínez, educador, historiador, ensayista y virtuoso político, quien con su ejemplar conducta ciudadana trazó rumbos a seguir por las generaciones de ayer, de hoy y del futuro.

Su obra ha marcado y seguirá marcando profunda huella en la colectividad nacional, y al recordar su memoria en este recinto de la representación popular, le rinde justiciero homenaje por la fecunda labor de patria grande cumplida durante su tránsito vital por tan ilustre venezolano, y en orden a los méritos de esta pieza oratoria, ordena la publicación de un folleto especial para ser distribuido en los institutos educacionales del país y demás insti-

tuciones culturales y científicas y el público en general.

5

Cumplido el objeto de la sesión se levanta la misma. (A las 11:57 a.m.).

La taquígrafa,

*Julia Marcano L.*